

## *MISIÓN DE LOS ESCRITORES\**

---

---

Celebramos hoy el 21° aniversario de la fundación del Pen Club Internacional. Ante la amable invitación que se me hizo para dirigiros la palabra con tal motivo, reflexioné que no sería, acaso, ni ocioso ni impertinente el considerar aquí, con vosotros, ciertas preguntas que cada instante propone ahora a nuestras conciencias. ¿Qué somos, como escritores? Y, durante los tiempos de guerra, ¿en qué consiste nuestra misión?

Nada más vehemente que el propósito de expresarse. Nace el ser y, en seguida, un mundo incógnito lo circunda. Todo se opone, de hecho a su voluntad de definición. Le resisten las cosas, con su presencia; le resisten las almas, indescifrables, y, más que todo, le resiste su propio cuerpo, que no lo hospeda sino en la proporción en que lo aprisiona; máquina que gobiernan las leyes de los instintos, los reflejos de la defensa, las necesidades del hambre, el horror de la muerte y los espasmos rápidos del placer. No obstante, pronto se afirma la convicción de que todo ese mundo exterior, macizo e impenetrable, se nutre de la voluntad de quien lo contempla.

Con sólo cerrar los ojos, con sólo abrirlos, el niño más indefenso aniquila un paisaje, niega una aurora o, al contrario, aceptándolos, los devuelve a la realidad imperiosa de lo creado. Un gigantesco poder de conformación yace en el ánimo más humilde, pues nada existe en sí mismo, efectivamente, sino por relación al espectador. Estrellas, árboles y silencios, campos y mares, crepúsculos y países, todo vive en nosotros, para nosotros, y el único testimonio de su existencia depende de nuestro ser.

Durante años, todo niño es poeta porque posee el don de inventar el mundo, jugando con las distancias y con los tiempos, transformando una alcoba en isla, una alfombra en césped, un escabel en caballo, una estatua en dios. Hay que reconocer que esta forma de poesía se adapta difícilmente a las necesidades convencionales de la colectividad en que el hombre se desarrolla. La escuela no tarda en domesticar todas las fuerzas alucinantes del párvulo. Por obra de la

---

\* *Celebración del 21° aniversario de la fundación del P.E.N. Club Internacional. México, D.F., 1° de diciembre de 1942. Publicado en Educación y concordia internacional. Discursos y mensajes (1941-1947), El Colegio de México, México, 1948, pp.9-14.*

enseñanza, suele perderse el sentido mágico del idioma. La actividad, orientada hacia fines prácticos, adquiere un carácter interesado. Lo que era necesidad en la infancia se vuelve lujo en la edad adulta, y la palabra –que en la niñez fue conjuro– se despoja de sus derechos de invocación. En realidad, ciertas mentes no se resignan al pragmatismo moral de este aprendizaje. Para ellas, el placer de expresarse sobrevive a la utilidad de comunicarse. Así empiezan, materialmente, la grandeza y la servidumbre del escritor.

El problema de la expresión literaria es el más complicado de los problemas espirituales. ¿Qué es lo que mueve a un ser a dedicar lo íntimo de su vida a una actividad que consiste, exclusivamente, en dar forma concreta a sus sensaciones? ¿Por qué razón, en lugar de vivir –como el hombre de acción– o de verse vivir –como el místico– o de averiguar los motivos de por qué vive –como el psicólogo–, el artista no considera que vive sino cuando logra inmovilizar, en una fórmula plástica, los momentos fundamentales de su contemplación? Todos –hasta el poeta, en las horas no positivas de su existencia– somos sujeto y objeto a la vez: voluntad que anhela, ansiedad que sufre, ambición que marcha, memoria que fluye, puente vibrante entre lo pasado y lo porvenir. Pero lo que caracteriza al problema de la expresión es que el ser que se expresa no tiene historia. Sujeto puro, su actividad abandona todo contacto con los azares circunstanciales de la experiencia y, en el colmo ya de lo personal, se impersonaliza y se entrega entero al objeto exterior en que se recrea.

Para el artista, no existe sino el presente. De ahí la perennidad de sus creaciones, concebidas fuera del tiempo, en un mundo abstracto, que es, por eso mismo, la revelación más concreta de lo real. Una pera de Cézanne y una Virgen de Rafael están hechas de células inmutables. Nada las envejece. Y lo mismo ocurre, en poesía, con las mujeres de Shakespeare, con los reyes de Homero y con los personajes de Pérez Galdós o de Jean Racine. Ahí están, sepultados en las páginas de los libros, aparentemente momificados, aunque siempre dispuestos a reproducir frente a nuestros ojos los mismos gestos, las mismas frases. Como esas semillas que los arqueólogos hallan en los sarcófagos faraónicos y que, a pesar de los siglos, vuelven a germinar en la tierra en que se las siembra, así también las pasiones que el genio deposita en el interior de sus claros protagonistas, al menor contacto con el lector, recobran toda su fuerza y, con patético automatismo, repiten ante nosotros su eterno drama. La paradoja del arte descansa, inquietamente, en este cruce de lo individual con lo general. En tanto que el filósofo y el hombre de ciencia buscan al hombre en sí, en lo que tiene de más genérico –y, a menudo, no encuentran sino fragmentos perecederos de humanidad–, el artista, que no persigue sino casos únicos y exclusivos, da de repente con la cantera misma del Universo. Al apresar el instante, toca lo eterno.

A la luz de estas consideraciones cabe preguntarse: ¿Cuál es el papel del escritor en la sociedad? Hasta ahora, hemos hablado de su grandeza. Empecemos a describirle en su servidumbre. Ante todo, procede una observación. Nada perjudica tanto al poeta como el deseo de agradar a un público conocido. Su verdadera manera de servir a la sociedad no consiste en lisonjearla –ni en zaherirla–, sino en procurar, por todos los medios posibles, ser siempre él mismo. Y esto, precisamente, es lo más difícil. Tan pronto como un escritor adquiere aunque sea un asomo de vaga notoriedad, todo se confabula para arrancarle a la vía auténtica en que trabaja.

Considerando los riesgos de estas incitaciones, hay todavía quien suponga que la más cómoda posición es la del orgullo. Pero aquí también nos aproximamos a un error indudable: el del aislamiento. Si el artista se perfecciona en la soledad, el hombre, en cambio, no tiene derecho a prescindir de la colaboración con las masas que representa. Por grandes méritos que posea, el artista debe comenzar por ser hombre, profundamente. Cuanto más humano sea el escritor, cuanto más se mezcle a las aventuras de la existencia, más probabilidades tendrá de allegar el caudal de sensaciones y pensamientos que su obra requiere para durar. Un Goethe que no hubiese vivido en la Corte de Weimar, un Cervantes que no hubiese peleado en Lepanto, un Quevedo que no hubiese aceptado el amparo del Duque de Osuna y un Dostoyewski que no hubiese sufrido ni la epilepsia ni el cautiverio, no serían el Goethe, el Cervantes, el Quevedo y el Dostoyewski que hoy admiramos.

Ninguna escuela supera a la de la vida. En ella se tiempla no solamente la espada del héroe, sino también el espíritu del artista. El poeta, el pintor, el músico mismo, deben hundirse lo más que puedan en las aguas no siempre amenas de la existencia; pero, en las horas de la máxima angustia, su símbolo habrá de ser el de Camoens, quien, según cuentan sus biógrafos, se salvó del naufragio en la desembocadura del río Mekong nadando con un solo brazo, mientras que, con el otro, sobre las olas coléricas, llevaba en alto, como un mensaje, el manuscrito de *Los Lusíadas*.

La grandeza del arte descansa en una aptitud singular para convertir cada error vencido en un nuevo y firme peldaño de la escalera que nos conduce hasta el bien y la libertad. Acaso en este carácter de la obra artística resida la verdadera alianza entre la filosofía de la moral y la filosofía de la belleza. Todo éxito supone, indirectamente, un éxito ético. Y no porque sea necesariamente mejor, desde el punto de vista artístico, el libro que educa o el poema que guía, sino porque la máquina misma de las pasiones, movida por el deseo de lo bello, produce júbilo, paz y serenidad.

Hubo una época en la que el hombre comprendió plenamente esta capacidad de depuración de la poesía. El milagro ocurrió en Atenas, varios siglos antes de Jesucristo. Un sol mágico alumbraba aún, en estos momentos, como el frontispicio de un templo dórico, el recuerdo de aquella hora en la cual el hombre, lejos de avergonzarse de serlo, hizo de sí mismo la medida del mundo y el común denominador de la creación. En ninguna edad ha sido tan evidente la comunicación entre el poeta y el ciudadano. Aunque, asimismo, en ninguna ha habido noción más clara de frontera que entre uno y otro debe imponer el sentido crítico del artista.

Sólo viviendo íntegramente su propia vida, en Salamina como soldado y como consejero áulico en Siracusa, Esquilo y Platón se hicieron dignos de escribir la *Orestíada* o de dialogar con Sócrates entre los olivares que pueblan las orillas melódicas del Cefiso. Pero, al mismo tiempo, sólo olvidando que aleccionaron en vano a Dionisio el Joven o que combatieron sin miedo contra los persas, esos varones pudieron dar a sus obras aquel tono eterno e impersonal que buscamos inútilmente en otros autores y merced al cual podrían sus escritos sobrevivir incluso a la desaparición total de sus biografías.

Pasear, disertar, discutir, tolerar a Jantipa y sentarse al banquete con Alcibíades, fueron funciones que Sócrates realizó como ejercicios morales de un alma limpia, tensa, elástica, insobornable. Vivir, en suma, representó para los helenos una gimnasia magnífica del espíritu, que deberíamos imitar invariablemente, pues nada enrarece tanto el ambiente del arte como el desprecio o el odio de la existencia.

Y una de las formas más notables de la existencia del escritor es la lucha por el derecho y la libertad. En una edad en que la barbarie mecánica de las dictaduras intenta arrasarse no sólo a los pueblos independientes, sino a los altos conceptos de justicia, de honor y de humana fraternidad, el intelectual no puede encerrarse dentro del frío egoísmo del *dilettante*. Todo lo obliga a actuar con valor y con decisión.

Libertad y cultura van siempre unidas. Reconociéndolo así, los intelectuales de este Continente no han de dejarse vencer por el pesimismo. Nada puede eximirles de sus deberes de hombres y de ciudadanos. América es tierra de libertad y sus designios se encuentran ligados a la razón de ser de la democracia. Mas, para afirmar su perduración, es indispensable advertir con exactitud que tan magnífica empresa reclamará de todos nosotros un don absoluto y sin reticencias.

En una página ilustre evoca Renán el caso de aquel solitario budista que, para salvar de la muerte a una alondra, ofreció al halcón que la perseguía una parte de su existencia. El ave de presa aceptó la proposición. En seguida, una balanza bajó del cielo. En ella, sobre uno de sus platillos se posó la alondra ligeramente. Sobre

el otro platillo, el místico solitario depositó un trozo de carne, arrancado a su propio cuerpo. La posición del fiel no cambió.

–“Será preciso –pensó– añadir algún otro fragmento, de mayor peso”. Y, pedazo a pedazo, fue aumentando la ofrenda. Pero era en vano. Los platillos permanecían inmóviles. Para que el equilibrio se estableciera iba a ser necesario que el santo hombre sacrificara todo su ser. Y así lo hizo, en efecto, miembro tras miembro. Al caer el último gramo de su persona, se movió el fiel. La alondra, entonces, pudo escapar y el alma del solitario voló al Nirvana.

He querido recordar este viejo apólogo, porque pienso que ilumina certeramente la condición de nuestra conciencia en esta hora crítica para el mundo. Sobre uno de los platillos de la balanza está la alondra que pretendemos salvar de la muerte que quieren darle los gerifaltes pérfidos de la guerra. Sobre el otro platillo debemos depositar, para conseguirlo, no una parte sucinta de nuestra vida, sino toda nuestra existencia, confiadamente, pues la menor reserva nos perdería.

